

UN PROFESOR NORTEAMERICANO

MORTON DAUWEN ZABEL

En el número especial que la revista "Sur", de Victoria Ocampo, dedicó en 1944 a las letras norteamericanas, un admirable ensayo inicial precisaba los contornos, para nosotros tan borrosos hasta entonces, de una producción vasta como la que más y mucho más rica, profunda y compleja de lo que suele creerse. Su autor era Morton Dauwen Zabel, el hombre que hoy vamos a escuchar. Profesor del Departamento de Literatura Inglesa y Comparada de la Universidad de Chicago, sería por sí sola credencial bastante su docencia en un centro que presidió hasta no hace mucho Robert Hutchins, el restaurador de los estudios clásicos y del sentido humanista en la enseñanza universitaria anglosajona, uno de los educadores más decisivos y originales del mundo actual.

Pero sobre esto —o mejor dicho, completándolo— Morton Zabel es un magnífico embajador del espíritu y de la cultura de los Estados Unidos. Su "Historia de la Literatura Norteamericana", publicada hace pocos años en el Río de la Plata y escrita especialmente para los lectores de habla española no es, como suelen serlo la mayor parte de las historias literarias (híbrido género si lo hay), una larga retahíla de nombres de autores más o menos artificialmente agrupados y de juicios sin fundamento sobre libros que se han leído mal o se conocen sólo de oídas.

No es instante éste, naturalmente, para un examen de lo que para nosotros es la obra capital de Zabel, pero permitásemos señalar que este libro es en realidad la historia del espíritu norteamericano, expidiéndose en la literatura, y en el dinámico proceso de su integración y enriquecimiento. Dotado de un sentido histórico y sociológico tan agudo y perspicaz como su juicio crítico, no maneja Zabel al modo de los historiadores románticos o mismo de un Taine, esa entidad de un "espíritu nacional" amasado misteriosamente por la naturaleza y por la historia, o el medio o la raza, que determine y decida, de una

vez para siempre, el rasgo y el rumbo de toda una cultura. Zabel, por el contrario, nos muestra los ingredientes de ese espíritu nacional "in status nascens", expresándose en la agnía y en la tarea de sus grandes profetas, novelistas y líricos. Un Cotton Mather, un Franklin, un Melville, un Emerson, un Whitman, un Dreiser recogen en su mensaje el mensaje latente de todo un pueblo en circunstancias históricas siempre distintas; están en una situación que es la situación de todos y comunican una experiencia impar que es casi siempre, por virtud de asunción, la experiencia vivida o soñada de su hermanos.

Por el valor que Zabel da a esos grandes nombres recordados, podría pensarse que su historia literaria es del tipo de aquellas que ambicionaba Benedetto Croce y que reduce el proceso intelectual de un pueblo a unas pocas monografías inconexas de las figuras capitales. Sabe nuestro autor, contra el tan equivocado maestro de la crítica italiana, que no existe juicio de la significación de un escritor, medida de su aporte definitivo, sin explicación cabal de su obra y de su vida; sabe que no hay explicación que pueda quedarse en los entresijos del hombre mismo sin ir al clima humano, al aire de la época, a la tradición literaria en que el autor se apoya, a las exigencias y a los reclamos del género que cultiva. Sabe que no hay gran significación de un autor que no asuma, para usar el término de la filosofía existencial —la significación de todo ese mundo de libros que pasa sin dejar rastro, que no se apoye en ese humus-humilde e imprescindible— de las obras sin historia y no sea en cierto sentido como su voz y su voluntad de perduración. La posición de Croce pudo tener sentido, en una época que abrumaba lo estético bajo lo histórico y hasta bajo lo psiquiátrico, e ignoraba que la trayectoria de toda obra de arte es nacer en el mundo real para insertarse en la esfera del valor. Pero no tiene vigencia esta labor como la de Zabel que desifica magistralmente todos los elementos

Cuando Zabel estudia la literatura norteamericana en torno a sus luces mayores, lo hace congregando alrededor de ellas grandes períodos literarios, escuelas y géneros determinados al mismo tiempo en la tradición universal de la cultura y en las inflexiones inéditas siempre de la realidad vital de los Estados Unidos. Este doble carácter de "aventura" y de "orden", de continuidad y de inventiva, es para Morton Zabel una de las constantes más firmes, no sólo de lo literario, sino del desarrollo de los Estados Unidos en toda su anchura. Por una parte se da en la fidelidad a un patrimonio secular que forman los legados de Israel y de Cristo, de Grecia y de Roma y el humanismo medioeval y moderno; por la otra, en el esfuerzo emocionado y creador que busca nuevas formas acomodadas, en un marco emancipado del pasado y de sus lastres, para nuevos modos de vivir, coexistir y sentir del hombre.

tal sentido de la libre creación humana, personal y social, parecen ser para Zabel el signo mejor de América, y es por ello lógico que se esfuerce para que los americanos del Sur compartamos también este mensaje. Con esto, dos culturas reanudarían, en un plano mayor, el diálogo casi interrumpido de las que, usando la expresión de Alfonso Reyes, cabría llamar sus "simpatías y diferencias".

He dicho casi interrumpido y quiero destacar este hecho. En la sala de "Amigos del Arte", una entre muchas, de una capital sudamericana, hemos oído en el curso de muy poco tiempo, las voces eminentes de Gabriel Marcel, Albert Camus, Jacques Madaule, Henri Gouhier y Jorge Luis Borges. ¿Cuántas presencias norteamericanas, de un nivel semejante, pueden sumarse a éstas? No me parece excesivo afirmar que ninguna hasta la presente de Morton Dauwen Zabel.

Me refería al principio al número de "Sur", de 1944.

Eran los últimos pasos de la guerra y el comercio íntimo de nuestras culturas parecía asegurado. Las perspectivas han cambiado bastante desde entonces en ambos extremos del hemisferio, y el prodigio permanece, en lo esencial, incumplido. Continúa, no lo niego, el intercambio de las técnicas de los oficios y de las ciencias. Pero la comunicación de las culturas no se gana en las técnicas, que son por esencia universales, intercambiables y, a la larga o a la corta, patrimonio indiscriminable; no se gana en esas ciencias que no tienen patria, aunque los científicos la tengan. O desearan tenerla. La comunicación de las culturas y su enriquecimiento recíproco se gana en el contacto de lo que es estrictamente "cultura", quiero decir: las grandes concepciones del sentido de la vida y de la condición del hombre en el universo, o en la sociedad, el repertorio de significados que el mundo posee. Es en este orden de ideas, en el que nos parece estar más ausentes de lo

INAUGURACION

DUPONCHEEL Ltda.

BARTOLOME MITRE 1393

TEL.: 8 61 11

Libros Raros Antiguos v Modernos

Americanos

Franceses — Ingleses — Españoles — etc.

ENCUADERNACIONES DE GRAN LUJO

SEMANA EN UN DIA

MARCHA

que deberíamos en la cultura norteamericana y ésta en la nuestra.

Y no podemos aceptar este hecho. Por lo menos los que tenemos la voluntad de ver claro y completo, de no caer en las simplificaciones e ignorancias del desprecio; los que tenemos la posibilidad de sostener el valor de las palabras que permanecerán sin respuesta, de las verdades que quedarán sin fruto. No podemos aceptar que el malhumor de una balanza comercial que no se equilibre, o el apocado deseo de permanecer al margen de los dolores y conflictos de la historia, o la antipatía o el recelo que puedan merecerse nuestras fuerzas que dentro de los

Estados Unidos actúen y hasta dominen, nos haga volver la espalda a una cultura que no sólo vale por lo original sino por lo que americaniza los mejores elementos de tantas otras, a una cultura marcada, pese a todas las presiones actuales y pasadas, y a todos los conformismos, por la pluralidad y la rebeldía. A una cultura en la que, por lo menos, cabe alguna otra salida al disidente que la fuga o la muerte. No podemos aceptar definitivamente que las urgencias de la lucha por el poder y la supervivencia, retraiga a los otros de la promoción de cualquier intercambio que no sea efectiva e inmediatamente remunerativo en solidaridad política o económica; que no calibre las ventajas —a largo plazo— de un diálogo de comprensión en clima libre e igualitario.

La literatura norteamericana —podrá decirse— no está ausente de entre nosotros. Ejercen una esporádica pero ya intocable influencia sus grandes nombres —un Melville, un Hawthorne, un Whitman entre los más vivos— en las minorías que buscan y que crean. Tom Sawyer y Huck Finn prosiguen nutriendo la capacidad de sueño de toda aquella infancia que lee algo

más que revistas de tiras cómicas u oye algo más que episodios radiales. Poe es ya un clásico de la enseñanza y su destino en español ha sido, como el de Byron, mucho más feliz que en su idioma y cultura propias. Permanece la significación de William James, se difunden crecientemente la de John Dewey y la de Jorge Santayana, seguidas por la más reciente boga de Royce, Henry James y T. S. Eliot son maestros de todos, aunque percibamos mejor la última voluntad de radiación inglesa y europea de sus obras que el sustrato americano de su problemática y sus reacciones.

.....

El balance no es desalentador ni mucho menos. Pero falta la mano que agrupe las significaciones, que anuncie valores —un Lionel Trilling, un Truman Capote— que ya son actuales, que mantenga viva la corriente de la discordia o la aceptación y siempre la de la curiosidad.

Y es por esto, por todo esto, que me parece asumir una tan especial significación, la presencia entre nosotros de Morton Dauwen Zabel.

Carlos Real de Azúa

APARECIO EL NUEVO
APPLETON
 EDICION 1953
 EL MEJOR DICCIONARIO
 CASTELLANO — INGLÉS
 INGLÉS — CASTELLANO
 Sin índice \$ 23.—
 Con índice \$ 26.—
IBANA
 Convención 1488 - Tel. 91783

MARCHA

TODA LA SEMANA EN